

Selección RNR

IVETTE CHARDIS

Destello
azul



Romance Histórico

DESTELLO AZUL

Ivette Chardis

1.ª edición: enero, 2017

© 2017 by Ivette Chardis

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-613-2

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mis padres,
que con su amor me inspiran cada día
a perseguir mis sueños.*

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Promoción

Prólogo

Londres, diciembre de 1808

La calle Commercial Road era la más transitada de Londres en época navideña. Damas y caballeros de todas las condiciones, desde soldados rasos, criadas de distinguidas señoras y comerciantes, hasta la aristocracia, paseaban arriba y abajo mientras contemplaban los escaparates de las tiendas, que ofrecían sus más preciados tesoros. Relojes de bolsillo de oro macizo, extravagantes pamelas coronadas por cintas de colores y grandes plumas de pavo real. Pañuelos, libros, perfumes, incluso la comida era exhibida de manera sutil y delicada, como los pasteles de Mrs. Coplan. Así se llamaba la pastelería cuyo olor impregnaba toda la calle, y donde Elric Glover, de once años de edad, había decidido establecer su centro de operaciones.

Su madre, Isabella, lo había criado en una casa de meretrices regentada por *madame* Blanche, nombre francés que nada tenía que ver con sus verdaderos orígenes. Allí aprendió el arte de robar; al principio solo se atrevía a estafar a las lavanderas y a los obreros que volvían de la fábrica, pero más tarde advirtió que tenía dedos hábiles y los usó en beneficio propio. Los mismos niños del burdel, hijos de las ramerías, formaron una banda que *madame* dirigía como un ejército: mientras un grupo distraía, el otro se dedicaba a cortar bolsas y a coger los peniques y libras que había en ellas.

Para Elric, aquella mañana había sido fructífera. Compraría un trozo de pastel de zanahoria, el preferido de Kate, la hija de Blanche, a la que quería como una hermana. Entró decidido en el establecimiento y aplastó su rostro contra el cristal donde se mostraban todas esas maravillas de dulces: bizcocho de ciruelas, pudín de frutas, tarta de manzana, bolas de chocolate crujiente...

—¿Cuál es tu preferido? —No podía creer que alguien le dirigiera la palabra en aquella tienda llena de remilgadas señoritas y pretenciosos caballeros, pero ahí estaba ella, una niña de su misma edad, tal vez algo más pequeña. La muchacha tenía la piel clara, ojos negros y unas largas pestañas. Los rizos de su pelo caían a cada lado de sus mejillas y le conferían una actitud traviesa. Llevaba un abrigo azul adornado por

una hilera de botones de terciopelo del mismo color y unos zapatos oscuros que resaltaban la banda de encaje blanco del remate de la falda.

—Las galletas de jengibre son las que más me gustan, ¿y a ti? —Las marcas de sus dedos en el cristal del aparador se confundieron con las de Elric.

—No lo sé —contestó el muchacho—. Nunca las he probado. —La pequeña dama abrió la boca, y Glover observó que le faltaban los dos dientes delanteros de la parte de arriba.

Unas botas altas lo empujaron y cayó al suelo junto a sus peniques. Se alzaron voces en contra de dejar entrar a pordioseros sucios y malolientes en una tienda nada menos que de comestibles. Y unas manos huesudas y blancas de harina lo arrastraron fuera. Se desplomó en la dura acera sin sus monedas y sin su porción de tarta.

Elric apretó los puños. A punto de llorar de ira contra el mundo, se le pasó por la cabeza volver por la noche y tirar piedras al cristal. En esas fechorías pensaba cuando alguien agarró su hombro. No se asustó, ya que se trataba de una mano diminuta, muy diferente a la anterior. Era la misma niña de ojos negros que le entregaba una caja rosa en la que se podía leer el nombre del comercio: *Mrs. Clopan's Cake*.

—¿Qué es esto? —pronunció Elric, algo tosco.

—*Ginger cookies*, para que las pruebes.

—¿Qué quieres a cambio? —El muchacho no podía creer que una desconocida le regalara algo sin que tuviera que engañar, mentir, robar o amenazar.

—Nada —repitió ella, expectante.

Elric cogió una galleta de jengibre; reacio, la mordisqueó, el azúcar se deshizo en su boca y, de repente, el cielo pareció menos gris.

—¡También son mis preferidas! Pero necesitaré ayuda para terminarlas —mintió. Era una excusa para permanecer más tiempo al lado de ese ángel vestido de azul.

Ambos se sentaron en el suelo, en el rellano de una casa de huéspedes al lado de la tienda de Mrs. Clopan, al amparo de miradas indiscretas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Elric sin dejar de masticar.

—June, ¿y tú?

—Llámame Snake.

—Qué nombre tan raro.

Glover le guiñó un ojo y, cuando estaba a punto de narrar la turbulenta historia de su apodo, los gemelos Neel y Ray Smith, cinco años mayores que él y muy conocidos en el barrio donde vivía, en el East End, se acercaron hasta ellos. El chico, por instinto, escondió los dulces.

—¿Qué haces aquí, bastardo? —Le pegó una colleja uno de ellos.

—¡Déjame en paz!

—¡Qué damita tan hermosa! —El otro hermano acarició la mejilla de June. Esta frunció el ceño, y Elric se sintió en la obligación de protegerla, el mismo sentimiento que demostraba hacia los niños del burdel donde vivía.

—¡No la toques!

A ninguno de los gemelos pareció desconcertarles su valentía, era bien conocida: se decía que había molido a palos a un cliente de su madre por pegarle tan solo una bofetada. Neel cogió por el cuello a Elric y juntó su cara con la suya.

—No te entrometas.

Ray le tendió la mano a la niña y le enseñó los dientes, amarillos.

—Condesita, ¿sería usted tan amable de acompañarnos?

—Mi nombre es June, lady June para ti, hija del conde de Belford.

—Levantó la barbilla, desafiante.

—Ya lo sabemos, condesita, y su padre la ha hecho llamar.

—¡Mienten! —dijo Snake. Balanceó su cuerpo y propinó una patada justo en las partes íntimas de su enemigo.

—¡Será malnacido! —despotricó el agredido mientras se curvaba y tocaba la entrepierna.

En ese momento, Elric fue mucho más rápido que su contrincante y saltó por encima de él, agarró la muñeca de June y corrieron por las estrechas calles de Londres.

—¡No la dejes escapar, Ray!

Snake la guio entre la multitud dispuesto a pasar desapercibidos pero, cada vez que se giraba, los gemelos estaban más cerca. Un carro de ropa vieja conducido por una mujer embarazada se interpuso en su camino, no pudo esquivarlo y acabó bajo sus ruedas. Sintió una corriente pasar entre sus dedos y supo que la había perdido. El vacío y la des-

esperación que sufrió por el destino de la pequeña le sorprendió. ¿Cómo era posible afligirse tanto por una desconocida?

Vio cómo Ray Smith la alzaba y cómo ella se debatía impotente. Estaban en las profundidades de la calle Dorset, donde nadie se interponía en los asuntos de los demás, y menos aún cuando los hermanos Smith salían de caza, ya fuera para apalear a un borracho, para robar a una prostituta o para raptar a chiquillas inocentes y luego venderlas. La elegancia de la menor y su pelo limpio y reluciente destacaban, ya que no era el objetivo habitual de aquellos dos canallas; aun así, y pese a crearse un grupo a su alrededor, nadie se interpuso entre ellos.

June sacó algo metálico de su bolsillo y rasgó la mejilla del gemelo con una punta afilada. La sangre no salió a raudales, por lo que ella insistió hasta clavarlo en la carne. Elric no podía permitir que uno de los hermanos Smith se saliera con la suya, así que cogió una piedra y, rabioso, la lanzó. Podría haber golpeado a su protegida, pero la suerte quiso que el secuestrador la soltara, abatido por el dolor. La piedra impactó en su sien, y se desmoronó en el suelo. Snake gateó por el empedrado de la calle y cogió el brazo de June, la obligó a levantarse y volver a correr, no sin antes comprobar que Ray se movía y que su hermano Neel llegaba en su auxilio. Respiró hondo al saber que no lo había matado. Olvidó al instante las posibles consecuencias que eso le hubiera acarreado y se apresuró en dirección a los muelles. Durante la carrera, la pequeña dejó caer la punta de una flecha afilada manchada de rojo.

—Es un recuerdo de mis amigos en Belford, me ha ayudado en muchas peleas —aclaró. Elric sintió unas insólitas punzadas en el corazón y supo que no estaba ante una niña cualquiera.

La incesante actividad de carga y descarga de las distintas mercancías de los barcos y grandes navíos que atracaban en el puerto facilitó que Elric y June no fueran vistos. Aun así, tuvieron la precaución de andar de cuclillas de un barril a otro. De vez en cuando sacaban la nariz entre las cajas de madera, que los marineros y trabajadores del puerto movían de un lado a otro, para comprobar si los hermanos Smith les seguían. En una de esas ocasiones, June profirió una exclamación y salió de su escondite sin que Snake la pudiera detener. Horrorizado, vio cómo se echaba en brazos de un individuo de mediana estatura, compleción fuerte y una frondosa barba. Este la alzó en brazos, y el niño, invadido por la ansiedad, profirió un grito de guerra y se abalanzó contra el desconocido al que asestó patadas y puñetazos. Por más que ella gritó

que se detuviera, él insistió hasta que el extraño la posó en el suelo, agarró al muchacho y echó hacia atrás su hombro para inmovilizarlo.

—¡Es mi padre, el conde de Belford! —aclaró la pequeña.

Elric tardó en reaccionar y, no muy convencido, retó al caballero de barriga cuadrada.

—¡Trátela bien!

El conde sonrió y decidió soltarlo.

—Así lo haré, y ahora, ¿me puedes explicar qué demonios haces aquí, June?

La chiquilla le contó a su padre, como si se tratara de una crónica periodística, todos los detalles de lo sucedido: cómo había escapado de la vigilancia de su niñera, y cómo los hermanos Smith habían intentado retenerla contra su voluntad.

Mientras su hija no cesaba en su descripción de lo ocurrido, lord Belford se las ingenió para que los dos críos lo siguieran hasta un callejón. Pero June se percató de su extraño comportamiento.

—¿Por qué vas vestido así? —preguntó.

Fue entonces cuando Elric reparó en que, para ser de la aristocracia, aquel sujeto vestía con unas telas raídas, muy parecidas a las de los obreros. Sebastian Seabrook, conde de Belford, se colocó el dedo índice en los labios.

—Voy de incógnito —le susurró a su hija—. Tengo negocios cerca de aquí.

—¡Si eres un par del reino! —exclamó ella—. Y no se te conoce ocupación —añadió, para asombro de su padre.

—Llevar las riendas de Yellow House en Belford, ¿te parece poco?

June hizo un ademán para restarle importancia.

—Pero si tienes a tío Albert para que haga el trabajo sucio.

—No hables así delante de desconocidos —la regañó.

—Papá, te presento a Snake, un amigo.

Sebastian Seabrook le tendió la mano, y Elric, impresionado por el cortés trato, se limpió primero la suya con su camisa ajada y la estrechó de forma enérgica.

—¿Tenéis hambre? —preguntó el conde. Sin esperar respuesta, abrió una trampilla escondida bajo unas tablas e hizo bajar a los niños por unas escaleras.

La corta vida de Elric le había llevado a vivir distintas experiencias en las que el resultado siempre era el mismo: un adulto que estafaba a un niño o a una mujer. Más de un caballero había requerido sus servicios como compañero de cama y, aunque el pago era bastante generoso, nunca aceptó. Ni siquiera cuando habían intentado forzarlo; la astucia que poseía lo libró de aquel destino. Por eso, cuando entró en aquel sótano lleno de cajas medio abiertas en las que se podían ver y oler granos de té, no tuvo miedo. Por el modo en que había tratado a su hija y hasta a él mismo, decidió que se encontraba ante una buena persona.

—Aquí no hay solo té, ¿verdad? —se atrevió a hablar Elric.

El conde carraspeó y se tocó la nariz.

—Eres muy perspicaz.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —La chiquilla se interpuso entre los dos.

—Nada que una dama deba conocer —sentenció su padre.

Snake oyó una aguda nota a lo lejos que aumentó hasta convertirse en un molesto chillido: June sufría una pataleta.

—¡Soy tu primogénita y tengo derecho a saberlo!

—Si fueras un muchacho... —dijo el joven en voz baja, aunque lo suficiente claro como para que ella lo escuchara y se enfrentara a él sin perder ese tono tan desagradable.

—¡Soy igual que tú, y cuando sea mayor Yellow House será mío, como este negocio, sea cual sea! ¿Verdad, papá?

El conde se encogió de hombros.

—Eres igual de bruta que un chico, eso no lo niego.

Convencida con aquella respuesta, cesó su rabieta.

—Vayamos a comer algo —continuó Sebastian.

Elric no podía creer en su suerte, y mucho menos cuando ascendieron al piso de arriba y descubrieron que se trataba de una taberna inglesa, el *Red Dragon*, cerca de los muelles, lugar de encuentro de marineros y algún que otro timador. Se sentaron en un reservado y comieron un plato de potaje. El conde le habló de un posible trabajo para agradecerle su valentía y lo citó en los muelles para la semana siguiente. Elric aceptó entusiasmado cualquier oferta que le propusiese, pero tampoco era estúpido y no iba a dejar las calles ni las enseñanzas de *madame Blanche* sobre cómo seducir y manipular, por muy noble que

ese tipo fuera. Se acordó entonces de su madre, y lo feliz que sería al contarle que había podido negociar nada menos que con un conde. Seguro que se llevaría el mérito por las lecciones de matemáticas, historia y buenos modales que esta se había empeñado en enseñarle desde crío.

Al salir de la taberna ya era de noche. Snake buscó los ojos de June antes de despedirse, y supo que no la volvería a ver. Esta no parecía estar iluminada por la misma idea; agarró un palo del suelo y empezó a golpear todo lo que encontraba en su camino.

—¿Quieres estar quieta?! —la reprendió el conde—. Compórtate como una dama durante un instante.

June sopló, aburrida, y un mechón de su pelo se alzó y cayó otra vez sobre su frente. Elric la contempló como si fuera una bonita estatua en medio de la plaza, fascinado ante su alegría, espontaneidad e inocencia. Por un momento, ella le devolvió la mirada, jovial, pero se distrajo al perseguir una gaviota que voló sobre sus cabezas; una pluma blanca cayó del cielo. La pequeña dama tiró el palo de inmediato y la atrapó, maravillada. Elric se sintió como ese palo, desechado y olvidado, y deseó ser pluma.

Capítulo 1

Londres, febrero de 1824.

Dieciséis años después.

—¡No puede ser! —Lady June Belford acercó su rostro hacia el periódico, y su nariz rozó las hojas de tinta.

—¿Qué ocurre, querida? —Sebastian Seabrook, conde de Belford, sentado en el sillón contiguo, alzó la vista de su libro y dio un lento sorbo al vaso de brandy que había encima de la mesa de licores a la espera de la respuesta de su primogénita.

—El ladrón de Pluma Blanca ha vuelto a actuar y no muy lejos de aquí, a unas dos manzanas. Ha robado todas las joyas de los Wilfred mientras dormían y dos cuadros de Canaletto que habían comprado durante su viaje a Venecia. — June chasqueó la lengua—. Deberíamos hacer algo, ¿no crees, papá?

—¿En qué piensas?

—Podríamos organizar un comité vecinal de vigilancia.

—Los Wilfred tenían a sus dos mejores lacayos en el salón. —Sebastianapuró el contenido del vaso.

—No es lo mismo, y lo sabes —continuó la muchacha—. El ladrón de Pluma Blanca no entra por el salón, he recopilado todos los artículos donde él aparece y siempre accede a través de una ventana superior, como la del desván.

—¿Cómo sabes que es un hombre? —contestó el conde de Belford como si le ofreciera una lección de vida—. Recuerda lo que te he enseñado: nunca des por hecho una teoría, analiza todos los puntos intermedios, sigue todas las señales.

June compuso una mueca, no le gustaba la soberbia de su progenitor cuando bebía. Se levantó de su asiento y rodeó la butaca de su padre. Guardó la botella de brandy en uno de los cajones de la mesa instalada justo enfrente del ventanal de madera. Le encantaba el despacho donde se encontraban, era una habitación espaciosa; cortinas de raso de color ocre, una mesa de madera de ángulos uniformes, una silla de respaldo recto y dos butacas de piel marrón instaladas a cada lado de la chimenea, donde su padre y ella se sentaban cada noche a leer y comentar las noticias del día. El crepitar de la leña, la mezcla de aromas

de la tinta del periódico, el brandy y el tabaco de pipa. Eran los olores de su infancia, que le reportaban seguridad, aunque últimamente el conde había abusado de estos dos últimos placeres, y lo habían convertido en una especie de personaje aletargado.

—¿No crees necesario darme una pistola para proteger la casa mientras tú no estás? —insinuó al mismo tiempo que le quitaba el vaso de las manos—. Imagina que entra alguien cuando te encuentras en el club...

—¡Basta! —Sebastian Seabrook no consintió que le arrebataran su vicio más arraigado—. Puede que seas más valiente que muchas de las mujeres que he conocido —buscó, nervioso, la botella—, pero, insisto, una dama no debe llevar ni tener una pistola en su poder, y menos en Londres. Para ti, cualquier excusa es válida.

—¡No es una excusa! El ladrón...

—¿Por qué no has ido al baile como tu madre y tu hermana?

June se dio cuenta de que el conde había cambiado de tema a propósito, aunque debería saber que cortar a su hija en medio de una disertación no haría más que empeorar las cosas.

—¿Quién iba a cuidar de ti, si los pocos criados que nos quedan han acompañado a mamá y a Libby a casa de la duquesa viuda de Arundell? Y sabes muy bien que desde mi presentación no voy a las fiestas.

—Encerrada en casa nunca encontrarás marido —sentenció el padre, dispuesto a importunarla con lo que ella más odiaba: el matrimonio.

—No me has educado para eso, sino para ayudarte en tus asuntos.

—¡Ajá! —vitreó Sebastian al encontrar el licor. Con inusitada paciencia, se sirvió hasta los bordes y se inclinó para sorber sin importarle la falta de modales—. Algún día tendrás que casarte.

—Cuando tú dejes de beber.

El conde quiso sonreír, pero se le escapó un suspiro. June era consciente de que, en contra del consejo de la familia, su padre la había criado como a un chico; desde muy pequeña lo seguía a todas partes y lo imitaba en lo que hacía y decía, y no creyó que fuera ningún disparate aprender a montar a caballo, cazar, jugar a las cartas, llevar las cuentas de la hacienda... hasta que fue demasiado tarde, y esa ruda niña de cabello rizado que ganaba a todos los niños durante las peleas en las cuadras, se convirtió en una mujer de belleza salvaje y de modales pési-